

La fundación de una literatura nacional y la Universidad de Chile

DARIO OSSES MOYA*

No es accidental que el mismo año en que se crea la Universidad de Chile, 1842, eclosiona el primer movimiento literario propiamente nacional en nuestra historia. Sus principales exponentes: José Victorino Lastarria, Salvador Sanfuentes y el argentino Domingo Faustino Sarmiento, entre otros, pertenecieron a la Universidad, desde la cual parecían irradiar las energías creadoras que estaban generando la nueva cultura de la América independiente. Especialmente importante fue Lastarria, miembro fundador de la Facultad de Filosofía, y elegido decano de la misma en tres oportunidades.

Como observa Luis Oyarzún, en aquellos tiempos las preocupaciones de los jóvenes intelectuales chilenos abarcaban una amplísima gama de materias “desde la divulgación de los principios, de las entonces llamadas ciencias sociales o la crítica de la educación imperante, hasta la discusión de las medidas más convenientes para dotar de agua potable a la ciudad de Santiago o para combatir la escarlatina que hacía estragos en la población”.

Lastarria y sus compañeros, “sintieron que la literatura y el arte en general podían servir como el mejor vehículo de conocimiento y progreso político y, sobre la base de su creencia entusiasta y ciega en la función casi mesiánica

* DARIO OSSES MOYA. Escritor. Subdirector de la Biblioteca Central de la Universidad de Chile.

que debía corresponder a América en la creación de un nuevo universo de la libertad, emprendieron afanosamente un trabajo literario que no siempre correspondía a lo más auténtico de sus vocaciones íntimas”¹.

Había un fervor americanista en esta generación naciente. América volvía a ser una promesa, no ya el paraíso o la tierra de Jauja con que soñaron los descubridores, sino un paradigma de convivencia y libertad. La literatura hispanoamericana, por lo tanto, debía ser una, puesto que todos los pueblos del continente compartían una misma idea de progreso positivo.

Los escritores de la generación de Lastarria -anota por su parte el tratadista José Promis- comenzaron su tarea intelectual con la muy clara noción de ser los primeros y de la responsabilidad que asumían al convertirse en los fundadores. Si bien es cierto que no fueron los primeros en escribir, lo hicieron reflexionando sobre lo que esto significaba. En justicia, son los verdaderos iniciadores de la tradición literaria nacional².

Así, con la generación de 1842 despierta la “conciencia de lo literario”. En el discurso inaugural de la Sociedad Literaria, Lastarria traza las líneas generales de lo que a su juicio debía ser una literatura nacional: “... fuerza es que seamos originales; tenemos dentro de nuestra sociedad todos los elementos para serlo, para convertir nuestra literatura en la expresión auténtica de nuestra nacionalidad... la nacionalidad de una literatura consiste en que tenga vida propia, en que sea peculiar del pueblo que la posee, conservando fielmente la estampa de su carácter, de ese carácter que reproducirá tanto mejor mientras sea más popular”³.

Junto con la creación literaria, se inició también una importante labor de crítica. En 1866, al inaugurarse el año académico de la Universidad, Adolfo Valderrama leyó su *Bosquejo histórico de la poesía chilena*, uno de los primeros ensayos críticos de nuestras letras. Por esa misma época, los hermanos Amunátegui iniciaban el estudio de los poetas hispanoamericanos.

El incansable José Toribio Medina, miembro también de la Universidad, escribe su *Historia de la literatura colonial de Chile*, que, para Mariano Latorre,

¹Oyarzún, Luis. “El pensamiento de Lastarria”, en *Estudios sobre José Victorino Lastarria*. Ediciones de la Universidad de Chile, Santiago, 1988.

²Promis, José, “Testimonios y documentos de la literatura chilena” (1842-1975), Nascimento, Santiago, 1977.

³Lastarria, José Victorino, “Discurso Inaugural de la Sociedad Literaria”, en Promis, José, op. cit.

“es una inteligente fusión de documentos y de los juicios personales del autor. Podría pertenecer al género histórico crítico, por la riqueza de fuentes compulsadas y la perspicacia de las consideraciones literarias y eruditas”.

En 1860 la Universidad abrió un certamen para fomentar el desarrollo de la novela nacional. Lo ganó Alberto Blest Gana, uno de los más grandes novelistas americanos del siglo pasado, con su obra *La aritmética en el amor*.

A principios de 1861, el autor se incorpora a la Facultad de Filosofía con un discurso titulado *Literatura chilena*. En él afirma que la novela es el género más popular y manifiesta su preocupación porque “este ramo de amena literatura no haya encontrado en Chile sino muy pocos aficionados”.

Señala luego que, observando el espíritu de la época, parece que es la novela de costumbres la destinada a tener, por mucho tiempo, la supremacía. Se pregunta enseguida si este género podrá adquirir entre nosotros un carácter verdaderamente nacional, respondiendo afirmativamente: “Nuestras costumbres tienen un sello peculiar que las distingue y forman un fecundo manantial para el hombre de observación”⁴.

Consecuente con estos conceptos, Blest Gana dejaría en sus novelas toda una pintura de la sociedad chilena de la primera mitad del siglo pasado.

Nuestra novela nace así en la Facultad de Filosofía de la Universidad de Chile. Y es importante insistir en que los primeros novelistas chilenos -entre los que se cuenta al mismo Lastarria, autor de un curioso relato, *Don Guillermo*- realizan su trabajo literario sobre la base de una reflexión previa acerca de cómo debería ser la nueva literatura americana.

Aun cuando había una tradición poética que venía desde *La araucana*, una de las grandes piezas de la épica universal, la Universidad contribuyó también a la renovación de la poesía y a la aparición de nuevas generaciones de poetas.

Periodista, fundador de la *Revista del Pacífico* y redactor de *El Mercurio de Valparaíso*, Guillermo Blest Gana alcanzó renombre por su obra poética. En 1858 se incorpora a la Facultad de Filosofía con el discurso “Algunas reflexiones acerca del estado actual de la poesía y sus tendencias en la América Española”. Se refiere Blest al nacimiento de la poesía hispanoamericana “en medio del fragor del combate, al estampido del cañón de la gloriosa

⁴Blest Gana, Alberto. “Literatura chilena. Algunas consideraciones sobre ella”. *Anales de la Universidad de Chile*, 1861, T. XVIII, N° 1, pp. 81-93.

guerra de nuestra independencia”. Agrega que brotó espontáneamente, sin cultivo, sin arte. Pero, encontrándose aún en su infancia, tiene producciones maduras como la *Agricultura de la zona tórrida*, de Andrés Bello, y *Canto a la victoria de Junín*, de Olmedo.

Blest contradice la opinión bastante difundida de que la originalidad de la poesía americana debía nacer de la descripción de la naturaleza y de las costumbres de los pueblos indígenas. “Que los críticos recomienden a los poetas el estudio y el sentimiento de la naturaleza no sólo me parece justo sino natural, necesario y oportuno -apunta Blest-, pero que se diga que nuestra poesía debe buscar su originalidad en la descripción, abandonando la sociedad, el hombre y el alma humana, es decir, todo lo que aspira, piensa, siente, ríe y llora, sus legítimas y naturales fuentes es, a mi juicio, pretender que nunca salga de un círculo reducido en el que, al cabo de poco tiempo, se haría insípida, monótona y fastidiosa...”⁵.

Editor de la célebre *Revista de Santiago* y poeta con una gama de influencias clásicas y románticas que van desde el Dante a Heine, Goethe, Schiller y Víctor Hugo, Guillermo Matta ingresa a la misma Facultad en 1864 con la disertación “Literatura americana, su carácter y tendencias especiales”, en la que vuelve a llamar la atención sobre “lo que hay de original y de americano en nuestra naciente literatura”. Alude, una vez más, a la “tendencia indígena y verdaderamente democrática que anima, como una fibra latente, casi todas las obras de los principales escritores y poetas de América”⁶.

Casi todos los chilenos que aparecen en la célebre antología *América poética*, editada por la casa A. Bouret de París y México, en 1875, son miembros de la Universidad. Entre ellos están Eusebio Lillo, el autor de la Canción Nacional de Chile; Guillermo Matta, Guillermo Blest Gana, Salvador Sanfuentes, Domingo Arteaga Alemparte, José Antonio Soffia, Enrique del Solar, Eduardo de la Barra, Benjamín Vicuña Solar y Zorobabel Rodríguez.

Una vez terminado aquel período que podemos llamar “fundacional” de nuestra literatura, prácticamente la totalidad de los autores importantes, que

⁵Blest Gana, Guillermo. “Algunas reflexiones sobre el estado actual de la poesía y sus tendencias en la América española”, *Anales de la Universidad de Chile*, 1863, T. XXII, 1^{er} semestre, pp. 591-601.

⁶Matta, Goyenechea. “Literatura americana, su carácter y tendencias especiales”. *Anales de la Universidad de Chile*, 1864, T. XXV, 2^o semestre, pp. 32-42.

constituyen hitos y marcan tendencias en la literatura chilena, pertenecen a la Universidad. Daniel Barros Grez ingresa a la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas en 1859. Luis Orrego Luco, novelista que retrata la sociedad y las costumbres del Chile de fines del siglo XIX, fue director de la Escuela de Bellas Artes entre 1913 y 1916. Samuel Lillo enseñó castellano en el Instituto Pedagógico y su hermano Baldomero, que introduce el problema social en la narrativa nacional, trabajó en la Casa Central de la Universidad. Mariano Latorre, exponente máximo del criollismo en el país, también fue profesor del Pedagógico. Manuel Rojas, novelista de las clases trabajadoras, quien junto a Jack London es uno de los pocos autores proletarios que existen en el mundo, fue jefe de Prensas de la Universidad, y José Santos González Vera, fino miniaturista de la narrativa, se desempeñó como prosecretario de la Comisión Chilena de Cooperación Intelectual. La novelista Marta Brunet se sintió tan identificada con la Universidad que le legó todos sus bienes, incluidos sus derechos de autor. Joaquín Edwards Bello, modelo de cronista, y Pedro Prado, uno de los poetas y narradores que alcanzó más vuelo metafísico, fueron nombrados miembros académicos de la Facultad de Filosofía en 1939. Eugenio González Rojas, rector de la Universidad entre los años 1963 y 1967, fue también un fino cuentista.

Pablo Neruda, Premio Nóbel de Literatura, a quien se considera uno de los mayores poetas contemporáneos de la lengua española, estudió francés en el Instituto Pedagógico y se incorpora como miembro académico de la Facultad de Filosofía en 1962. Allí lo recibió otro de los grandes de la poesía contemporánea, Nicanor Parra, quien hasta hoy es profesor de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas.

La célebre generación del 50 nació en el Parque Forestal, al que confluían estudiantes y profesores de distintas facultades de la Universidad. Del Instituto Pedagógico venían Luis Oyarzún, José Donoso, Enrique Lafourcade y Armando Cassigoli; de Derecho, Jorge Edwards y Alberto Rubio; de Medicina, Luis Alberto Heiremans y de Artes, Roberto Humeres. En los patios del Instituto Pedagógico se formaron también nuestros novelistas más recientes, como Antonio Skármeta, Carlos Olivares y Ariel Dorfman.

El Departamento de Estudios Humanísticos de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas ha albergado a escritores notables. Además de Nicanor Parra son o fueron profesores de ese centro Enrique Lihn, Cristián Huneeus, Jorge Guzmán y José Ricardo Morales.

La Facultad de Medicina también ha entregado a dramaturgos y nove-

listas, como los doctores Marco Antonio de la Parra y Oscar González. Benjamín Subercaseaux estudió Medicina sin finalizar la carrera, pues viajó a Francia.

Los estudios literarios forman un capítulo aparte, demasiado extenso para abordarlo con cierta detención. Sólo mencionaremos, por su irradiación, la labor del Departamento de Literatura que edita la prestigiada *Revista Chilena de Literatura*, y la del *Centro de Estudios Bizantinos y Neohelénicos*. Gracias al trabajo de este Centro se ha podido conocer la obra de los autores griegos contemporáneos en lengua española.

EL ESTUDIO DEL LENGUAJE

Una de las preocupaciones fundamentales de Andrés Bello, el primer rector de la Universidad de Chile, fue la conservación del idioma español en América. Temía Bello que ocurriera en nuestro continente lo que sucedía en Europa con el latín, después de la caída del imperio romano: “La confusión de idiomas, dialectos y jergonzas, el caos babilónico de la Edad Media”.

Con la finalidad de preservar esta unidad idiomática, preparó su *Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos*, que aparece en 1847. En su prólogo explica: “Mis lecciones se dirigen a mis hermanos, los habitantes de Hispanoamérica. Juzgo importante la conservación de la lengua de nuestros padres en su posible pureza, como un medio providencial de comunicación y un vínculo de fraternidad entre las varias naciones de origen español sobre los dos continentes”.

En este libro se encuentra, además, lo que el profesor Ambrosio Rabanales llama “una verdadera teoría lingüística” que va más allá de lo meramente gramatical, con postulados tan certeros que no sólo tienen validez hoy... sino que es lícito pensar que la tendrán perennemente”⁷.

Amado Alonso y Pedro Henríquez Ureña coinciden en que esta obra no es sólo la mejor gramática de la lengua castellana, sino una de las mejores de los tiempos modernos en cualquier idioma.

⁷Rabanales, Ambrosio. “Vigencia de las ideas lingüísticas y gramaticales de Andrés Bello”, en Instituto de Chile, *Homenaje a Andrés Bello con motivo de la conmemoración del bicentenario de su nacimiento, 1781-1981*. Editorial Jurídica de Chile. Editorial Andrés Bello. Santiago, 1982.

De esta forma, Bello dio a la Universidad de Chile la primacía de los estudios filológicos y gramaticales en América. Frente a la amplia gama de materias que comprendían las investigaciones del sabio, que incluyen un notable trabajo de reconstrucción del *Poema del Cid*, cuyo valor fue reconocido después por Menéndez Pidal, otros estudiosos focalizaron los temas de estudio. Uno de los problemas que suscitaron interés fue el ortográfico, cuya discusión inició Domingo Faustino Sarmiento con su memoria *Necesidad de una ortografía americana*, con la cual ingresa a la Facultad de Filosofía y Humanidades en 1843.

Después de la muerte de Bello, la primacía americana de estas disciplinas se desplaza hacia Colombia, donde trabaja uno de los herederos del sabio: Rufino José Cuervo. Sólo en 1891, con la fundación del Instituto Pedagógico y la venida de los maestros Rodolfo Lenz y Federico Hanssen, vuelven a hacerse en Chile publicaciones de la categoría de los trabajos de Bello, y Santiago recupera su principalía continental en el desarrollo de la lingüística y la filología.

Estos jóvenes eruditos trajeron al país las más recientes doctrinas lingüísticas, como la corriente neogramática.

Lenz se dedicó a los estudios sincrónicos, ocupándose de investigar el lenguaje popular. Entre 1892 y 1893 publicó en Alemania sus *Estudios chilenos (Chilenische studien)* en los que describe minuciosamente el proceso de diversas articulaciones del habla nacional. De la misma época son sus *Contribuciones para el conocimiento del español en América*, que es la primera descripción exacta de un dialecto hispanoamericano. Hasta entonces, salvo las *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*, de Cuervo, nada se había publicado sobre el idioma castellano en América.

Federico Hanssen, entretanto, se ocupó de los estudios diacrónicos, abordando los problemas del desarrollo interno de la lengua, su historia literaria y su técnica de versificación. Gracias a sus trabajos se aclararon bastantes puntos oscuros de la métrica española.

De importancia son también las investigaciones gramaticales de ambos eruditos. La *Gramática histórica de la lengua castellana*, de Hanssen (1913) fue importante incluso en España. *La oración y sus partes*, de Lenz, además de exponer con admirable riqueza de detalles los diversos fenómenos sintácticos, es una verdadera gramática comparada, con preponderancia del castellano. Por otra parte, en 1927, Lenz describe lo que llamó "la gramática más sencilla", dedicando un sustancioso estudio de 350 páginas a *El*

papiamento, la lengua negro-española de Curazao que logra la mayor expresividad a través de los mecanismos más simples: flexión nula, sintáxis mínima, léxico elemental.

Sucesor de Lenz en la cátedra de gramática fue el profesor Claudio Rosales. Su mayor influencia la ejerció a través del magisterio, ya que sólo una parte mínima de su obra llegó a publicarse. Uno de sus discípulos, el profesor Félix Morales Pettorino, lo recuerda como el más innovador de sus maestros; poseedor de un espíritu creador, analítico y profundo, que estudió a fondo la lengua castellana “para descubrir su belleza y armonía, en estudios que, pese a estar en gran parte inéditos, pesaron con fuerza notable en sus alumnos”.

De sus trabajos quedaron algunos artículos. Sus doctrinas se encuentran en los apuntes de clases de sus discípulos. Su obra mayor, la *Gramática*, en la que estuvo trabajando hasta que lo sorprendió la muerte, permanece inédita.

Los estudios lexicográficos ocupan un capítulo especial en las contribuciones de la Universidad a las ciencias del lenguaje. Entre 1904 y 1910, Lenz publica su *Diccionario etimológico de las voces chilenas derivadas de lenguas indígenas americanas*. El polígrafo José Toribio Medina produce también interesantes ensayos como *Voces chilenas de los reinos animal y vegetal* (1917), y *Chilenismos, apuntes lexicográficos* (1928), en tanto el poeta Julio Vicuña Cifuentes investiga en 1910 la jerga de los delincuentes chilenos, denominada “coa”.

Continuador de la obra iniciada por Hanssen y Lenz es el doctor Rodolfo Oroz Scheibe. Además de una labor pedagógica de enorme magnitud, Oroz tiene una cuantiosa producción científica, en la que destaca con especial relieve *La lengua castellana en Chile* (1966), calificada como la visión más completa que existe acerca del tema.

Como lo indica la profesora Alba Valencia, a Rodolfo Oroz se le debe una interesante y extensa obra que aborda el estudio de los distintos aspectos del lenguaje. Además está su aporte sustancial en la docencia, donde su influencia se ha manifestado en un grupo de discípulos que llegaron a convertirse en figuras destacadas en la investigación lingüística y filológica. Ellos son los doctores Ambrosio Rabanales, Gastón Carrillo, Mario Ferreccio, Guillermo Araya y Luis Cifuentes.

Así, desde los tiempos de Bello, a través de maestros eminentes que han venido dejando escuela, los estudios del lenguaje tienen una secuencia continua en Chile, alcanzando un importante desarrollo con grandes contribuciones para el conocimiento científico de la lengua.

EL RESCATE DE LA CULTURA AUTOCTONA Y POPULAR

En los últimos años del siglo pasado y en las primeras décadas de éste, se observa un desplazamiento cada vez más pronunciado de las fuerzas sociales que venían dominando la vida nacional desde la época de la independencia.

Se inicia así la declinación de la aristocracia anglófila y francófila y el paulatino acceso a la escena política y social de los sectores medios y obreros. Esto trae como consecuencia, en el plano cultural, una reivindicación de lo autóctono y lo popular chileno, antes despreciado por las élites europeizantes.

De esta manera se empezó a redescubrir formas literarias tradicionales, como la poesía popular “fenómeno extraordinario de supervivencia en la memoria del pueblo chileno de los viejos cantos traídos por los conquistadores hispanos, muchos de los cuales habían desaparecido en la propia España...”, como apunta el sociólogo Hernán Godoy, lo que “había pasado casi inadvertido para los intelectuales y estudiosos que permanecieron, por lo general, de espaldas a la realidad campesina y popular”⁸.

La Universidad de Chile, una vez más, fue la principal impulsora de los estudios folklóricos en Chile. Estos prácticamente se inician, en forma científica, en el Instituto Pedagógico con los trabajos del doctor Lenz. En cuanto llega al país, en 1890, percibe que hay un campo virgen para este tipo de investigaciones y se ocupa del lenguaje y la literatura del pueblo. En el sector de Ñuñoa recopila el cuento *La averiguación de la tenca*, que publica en Alemania en 1893. Asimismo, aprende la lengua mapuche y viaja a la región de la Araucanía. En 1894 trabaja con el indio Domingo Quintupray, recopilando un material riquísimo, no sólo sobre el lenguaje, sino también acerca de la literatura y las costumbres araucanas.

“Se ve que no escasea el material para estudios folklóricos y dialécticos en Chile y ya es tiempo de recoger todas estas cosas -comenta el erudito-. Desgraciadamente, hasta ahora casi todos los instruidos, con muy pocas excepciones, no tienen sino desprecio por las manifestaciones del genio popular”.

En 1919 publica en los *Anales de la Universidad de Chile*, la versión completa en español de su estudio *Sobre la poesía popular impresa en Santiago*

⁸Godoy Urzúa, Hernán. *La cultura chilena*. Editorial Universitaria. Santiago, 1984.

de Chile. Contribución al folklore chileno. El original en alemán había aparecido en Berlín en 1895. Se iniciaba así el rescate de la llamada *Lira popular*, que circulaba en hojas precariamente impresas en matrices de madera de muy mala calidad, y adornadas con dibujos ingenuos y descartes de clisés de imprenta. Según estimaciones de eruditos, se alcanzaron a imprimir unos dos mil originales de estas hojas volantes, la mayor parte de las cuales se perdió.

Para formar investigadores en este campo, Lenz preparó un *Ensayo de programa para estudios de folklore chileno*, que presentó a la Facultad de Filosofía. Además, desde su cátedra, contribuyó a formar a los primeros folklorólogos nacionales. Así preparó el terreno para la fundación, en 1909, de la Sociedad de Folklore Chileno, que reúne a los mejores científicos de esta área. Poco a poco empezó a ampliarse el interés por este campo despreciado. Además de los discípulos de Lenz aparecen otros estudiosos notables, como Julio Vicuña Cifuentes, Ramón Laval y Ricardo Latcham.

A principios de siglo se encuentran ya las primeras publicaciones de los seguidores de Lenz: *Refranes chilenos*, de Agustín Cannobbio; *Adivinanzas corrientes en Chile*, y *Nanas o canciones de cuna corrientes de Chile*, de Eliodoro Flores; *Las drogas antiguas en la medicina popular de Chile*, de León Tournier y otros estudios sobre juegos, cuentos, cuecas, tonadas, proverbios, refranes, supersticiones y chilenismos.

Un caso especial fue el de Manuel Guzmán Maturana, también discípulo del sabio alemán. Recopiló directamente de boca de narradores populares una serie de relatos que publica en las prensas de la Universidad con el nombre de *Cuentos tradicionales de Chile*. Además, sobre la base de material folklórico, escribe su novela *Pancho Garuya*, comparada en su tiempo con *Don Segundo Sombra* y otras cumbres de la narrativa hispanoamericana.

Al retirarse Lenz de la presidencia de la Sección Folklore de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, viene un período de declinación del interés por los estudios folklóricos. El entusiasmo renace con la llegada del profesor Julio Vicuña Cifuentes a la cátedra de Literatura Española del Instituto Pedagógico, entre los años 1925 y 1926. Vicuña interesó a un grupo de alumnas para que eligieran temas de memoria en la recopilación de la tradición popular. Así llegaron a publicarse nueve trabajos de investigación folklórica sobre diversas regiones del país. El mismo Vicuña es autor de dos obras consideradas maestras: *Romances populares y vulgares recogidos de la tradición oral chilena* y *Mitos y supersticiones recogidos de la tradición oral chilena*.

En 1947, con la fundación del Instituto de Investigaciones Folklóricas en la Facultad de Filosofía, se inicia un nuevo período en el que cabe una participación decisiva al profesor Yolando Pino Saavedra. Comienza entonces la publicación periódica de los *Archivos del folklóre chileno*, en los que no sólo aparece el producto del trabajo académico de ese centro, sino también de otros como el Instituto de Investigaciones Musicales.

Entre 1960 y 1963 la Universidad publica la monumental obra *Cuentos folklóricos de Chile*, en 3 tomos. Acerca de este trabajo, Eugenio Pereira Salas señaló: "Los dos primeros tomos de los *Cuentos folklóricos de Chile*, del doctor Yolando Pino, permitieron la incorporación del autor a esta selecta comunidad de expertos internacionales, en cuyo seno goza en la actualidad de una merecida reputación de sabio y erudito".

En efecto, esta obra reúne un cuerpo de relatos populares de nuestro país, clasificado por un sistema internacional, que permite a Chile incorporarse en el corpus mayor de la narración folklórica universal, facilitando las comparaciones, lo que constituye un importante adelanto para la ciencia.